

## *Diez días en un psiquiátrico* - Nellie Bly

*Diez días en un psiquiátrico* surge como la publicación de un trabajo periodístico de 1887. A pesar del tiempo transcurrido desde su elaboración, su vigencia perdura, ya que ha sido innovador en distintos aspectos: por la temática que trata, particularmente por el modo en que lo llevó a cabo y la capacidad de observación que denotaba.

Elizabeth Jane, nombre real de Nellie Bly, nació en 1864 y desde temprana edad se interesó en el periodismo, así como en las cuestiones sociales y el rol de la mujer. Desde sus inicios rompió con ciertos esquemas establecidos y mostró una firme decisión por realizar cosas que ninguna mujer hubiera hecho antes. A la vanguardia de su época, exigió (y consiguió) derecho a réplica a una columna misógina, llamada “Para qué sirven las mujeres”, en la que se hacía apología de la sujeción de las mujeres al ámbito doméstico. La respuesta de Bly generó amplio interés y fue su puerta de entrada al periodismo.

Fue así que a sus 23 años, un periódico de Nueva York le ofreció la posibilidad de hacer un reportaje encubierto. Aceptó el reto: logró que la internaran en un psiquiátrico, donde permaneció como una paciente durante diez días. A partir de ese trabajo de investigación, escribió un artículo en el que puso en evidencia el trato que los médicos, enfermeras y el sistema en general daban a las pacientes que allí llegaban, según dice ella misma, “con el objetivo de escribir una narrativa directa y sin barnices sobre el tratamiento de los pacientes”. Su impactante trabajo la convirtió en una celebridad, dando origen a las llamadas “stunt girls”: jóvenes periodistas que buscaban escandalizar y sorprender con historias consideradas no propias de señoritas. Luego, hizo lo mismo en fábricas y cárceles para reportar “desde adentro”.

A lo largo de varios capítulos, Bly relata con detalle el plan que llevó adelante para lograr que la internen, camino en el que la pobreza y las desgracias se mezclan con la locura y la indefensión. En una primera instancia, ingresó en un hogar de mujeres trabajadoras, donde interpretó un papel enigmático, en el que dio muestras de negativismo, disconformidad, descortesía, extrañeza y desorientación. Esto, sumado a la falta de dinero para seguir pagando ese refugio y a cierto enigma que planteaba respecto

de su lugar de residencia, determinó la intervención policial. Fue evaluada por un juez quien determinó que se le realizara una evaluación médica, que sólo se trató de un control de pulso y pupilas, decidiendo rápidamente su derivación al *Pabellón de las locas* del Hospital Bellevue. A partir de allí dejó de simular: el temor a ser descubierta comenzó a entremezclarse con el temor a convivir con locas y con el asombro frente al maltrato de todo tipo. Esta experiencia ponía en evidencia cómo las mujeres eran derivadas a psiquiátricos a partir de coyunturas socioeconómicas que podían combinarse o no con cuadros de clínica médica. Pero por sobre todo, los criterios de admisión y/o tratamiento nada tenían que ver con las condiciones mentales que presentaban.

Ciertas cuestiones aparecen una y otra vez en su relato: el hambre, el frío, el maltrato físico y, en forma constante, la convicción institucional de ignorar por completo la palabra de las pacientes; nadie se ocupaba de su condición mental, ni de sus historias, ni de lo que tenían que decir al respecto. Cualquier queja o solicitud era neutralizada o negada bajo el hecho de que se trataba de un lugar de caridad y eso no les daba derecho a reclamar nada. La insistencia de Bly en decir que ella venía de Cuba, sin dar mayores precisiones sobre su origen, así como la tenacidad con que reclamaba sus pertenencias, le ganaron el mote de *la loca de Cuba* y por lo tanto fue derivada a la isla de Blackwell.

En los días que pasó allí observó con detenimiento tanto a profesionales como a pacientes, relatando múltiples casos y situaciones ocurridas. Advirtió que los modos con los que eran tratadas las pacientes eran los mismos que en Bellevue y también que allí muchos de los casos que llegaban no se debían a cuestiones de salud mental sino de pobreza, de situaciones familiares complejas, de origen, entre otros... *historias desafortunadas*, en palabras de Bly. Entonces tomó la determinación de actuar como antes de la internación, pero sin decir ni quién era realmente ni dónde vivía. En los días que pasó en la isla, conoció y habló con muchas pacientes; también percibió que algunas se encontraban *ocupadas en sus delirios individuales* o quienes presentaban una *mirada de locura absoluta*. Pero a la vez concluía que el trato brutal al que eran sometidas podía transformar a alguien física y mentalmente.

El prólogo de Ana María Álvarez resalta que el concepto de salud mental recién apareció a fines del siglo XIX y no se consolidó hasta fines de la Segunda Guerra Mundial. Y dice *“Antes de Freud y Jung la forma de curar la enfermedad mental no era muy distinta a la forma en que se trataban las enfermedades de los órganos. (...) El unificar una enorme variedad de síntomas y trastornos bajo un mismo diagnóstico, significó que los tratamientos también eran uniformes”*. Y concluye *“Si bien el psicoanálisis llevó a notables mejoras en el tratamiento de las enfermedades mentales, muchos hospitales psiquiátricos siguieron funcionando como sus contrapartes decimonónica”*. Estas observaciones dan relevancia al psicoanálisis que pone en el centro de la cuestión la singularidad y el diagnóstico para dar un tratamiento posible.

Cierta observación de Nellie Bly resulta elocuente:

*“Qué cosa tan misteriosa es la locura. He visto a pacientes cuyos labios han sido sellados a perpetuidad en el silencio. Viven, respiran, comen; la vida humana está ahí, pero hay algo que el cuerpo no necesita, pero que no puede existir sin él, y que ha desaparecido. A veces me he preguntado si esos labios sellados esconden sueños que no conocemos, o si sólo hay vacío detrás de ellos.”*

Mónica Sevilla – Abril 2023